

Narración No. 17

CUIDANDO A MAMÁ

(Convivencia Familiar)

Por Olda María Lizama Crespo

Si desde niño te enseñan lo que es el amor filial y vives ese ambiente, nunca te alejarás de él.

Verla inmóvil en su cama, después de una embolia muy fuerte y con secuelas severas, me hacía pensar si sufría mucho o casi nada; pues con el Alzheimer que padecía desde años atrás, le ayudaba a olvidarse del presente. Vivía del pasado, de su niñez, los años de estudiante de primaria que fue tan trascendental en su vida, que nada pudo quitársela de su mente, ni esa enfermedad degenerativa. Recordaba todas y cada una de las poesías que le enseñaron sus maestros, los autores y el año en que las aprendió.

Se casó muy joven, ya que no pudo seguir estudiando para maestra, que era su vocación. Ya tenía a sus primeros hijos y después de sufrir el dolor de perder a uno de ellos, de apenas unos días de nacido, ella pudo realizarse en parte, enseñando a leer y escribir a sus hijos y a los hijos de los compañeros de trabajo de papá, cuando se encontraban lejos de la población y las escuelas.

De los diez hermanos que fuimos como ya dije, uno murió de pocos días de nacido. Muchos años después, otro hermano falleció repentinamente, dejando varios hijos; mis papás tuvieron que terminar de criarlos y darles educación, pues eran huérfanos de mamá también; esa fue una de las causas de su enfermedad. Padeció infartos cerebrales y no se detectó.

Mamá Oldy padeció el Alzheimer casi treinta años; en esa época no era muy conocida esta enfermedad. Nosotros sus hijos, papá y hasta algunos doctores que la conocían antes pensábamos que era su carácter lo que la hacía actuar así. Cuando su agresividad fue en aumento la llevamos a un neurólogo, después de algunos estudios nos dijo que se trataba de esa enfermedad tan agresiva, que no

había forma de detenerla y que nos faltaba la etapa más difícil. Todos los pronósticos los vimos y vivimos con mamá.

Papá la cuidó mucho, sobre todo ya jubilado. Despertaba mucha ternura ver a esa pareja de viejitos siempre juntos, mimándose y queriéndose tanto. Cuando mamá le leía el

-2-

periódico, a él, no le importaba que leyera cinco veces o más la misma noticia y con la misma emoción; él, con toda la paciencia le agradecía esa atención. Nunca desconoció a su viejito; cuando, nosotros sus hijos, por mucho tiempo estuvimos perdidos en su memoria. Papá era su refugio, un oasis en el desierto de vivencias que era su cerebro. Con el tiempo la salud de él, también se deterioró por tanta tensión. Sufrió un Herpes nervioso en el rostro, muy doloroso, pero que superó gracias a la férrea intención de cuidarla. Durante más de un año nos turnábamos por la noche para acompañarlos, porque papá tenía problemas en las rodillas y le era muy doloroso levantarse, se ayudaba con un bastón para caminar y temíamos que mamá se saliera a deshoras de la noche para irse a su casa, la que ella tenía en su mente, donde nació. Era una obsesión que nada ni nadie se la quitaba.

Después que falleció papá, todo se complicó: su mente, su corazón, no aceptaba la falta de él; teníamos que inventar justificaciones a su ausencia. Bendito Dios que eran ráfagas de lucidez que tenía, y después, volvía la oscuridad en su mente.

Los ocho hermanos nos organizamos para cuidarla, atenderla, mimarla, y ella a nosotros también, como nunca lo había podido hacer por su carácter muy fuerte y dominante. Educar a los nueve hijos no fue muy fácil, y nosotros, no supimos comprenderla. Pero agradecemos a la vida que nos permitió ese tiempo para cumplir con nuestra misión de hijos.

Fueron cinco años muy desgastantes, pero sirvieron para aprender mucho de esa enfermedad degenerativa. Fueron sus últimos años de vida, murió a los noventa y un años, la misma edad que tenía papá al morir, cinco años antes.

Qué tristeza da, qué impotencia tan grande siente uno al convivir con una persona que no tiene control ni dominio en sus reflejos físicos y mentales. Evitamos muchos accidentes en la cocina: cuando abría una llave de la estufa y se iba a buscar el encendedor y nunca regresaba, el que estaba con ella al sentir el olor a gas se encargaba de controlar la situación. Lo mismo pasaba con las llaves de agua en el baño; cuando por descuido se metía y quería bañarse sola, aunque no fuera momento para ello, abría al azar una llave y si era la del agua caliente, los gritos nos alertaban. Eran fracciones de minutos para descuidarnos, pero nunca

-3-

sufrió lesiones de cuidado; lo mismo pasaba con la comida, su cerebro y estómago no registraban lo que ingería y pedía sus alimentos varias veces al día y teníamos que darle algo para comer, de lo contrario se alteraba. Optamos por darle porciones pequeñas para no dañar su organismo.

Diez años atrás, mamá sufrió de una arritmia cardiaca muy severa; síncope cardiacos e infartos. Los médicos determinaron que habría que adaptarle un marcapaso a su corazón ya cansado. Fue un período muy difícil para la familia, sucedió cuando todos los hijos trabajábamos, teníamos un horario que cumplir y responsabilidades en el hogar.

En el hospital de seguridad social donde pertenecían mis papás, estuvo internada durante cuatro meses y con el problema de Alzheimer que padecía resultaba una enferma “muy conflictiva” (así estaba catalogada en el ISSSTE) por lo tanto, nos pidieron permanecer dos familiares con ella durante las veinticuatro horas del día.

Convocamos a la familia: hijos, nietos, bisnietos y amigos voluntarios, para cubrir todas las horas del día y la noche para acompañarla. Dos personas en cada

turno, tres horas por día y solo dos veces a la semana. Nosotras las hijas que somos cuatro estábamos siempre pendientes de los reportes médicos, no importando los horarios ni los días que nos tocara.

No fue fácil para la familia, ni para los médicos; por problemas con sus arterias tuvieron que cambiarle los marcapasos hasta que el cuarto al fin pudo quedársele y fue lo que le ayudó a vivir los últimos diez años. Después de cada intervención, los médicos nos reunían y entre avisos y recomendaciones nos platicaban las hazañas de mami: como la de estar recitando sus poesías en el quirófano, en plena operación y bajo los efectos de la anestesia. Los médicos salían divertidos y diciendo que lo creían solo por haberlo visto.

No reconocía a los que la cuidaban y llamaba a sus hijos por sus nombres, eso nunca lo olvidó y hasta el orden por edades. Pero no nos reconocía físicamente y nos daba tristeza. Dos años después del fallecimiento de papá, le dio la embolia tan fuerte que le paralizó el lado izquierdo de su cuerpo. Su boca quedó tan de ese lado que casi se pega con su oreja. No tardó así, porque se pasó varios días hablando día y noche, sin dormir.

-4-

Cuando nos dimos cuenta su boca ya estaba en su lugar, como si no le hubiera pasado nada. Dijo el doctor que ella misma se terapeo de tanto hablar. Su cuerpo no volvió a tener movimiento, solo su brazo y pierna derecha podía mover, ni almohadas le podíamos poner, porque desde el cuello estaba inmóvil.

Somos cuatro hermanas, y dos estamos jubiladas y viudas; aunque yo no vivía en esta ciudad, pasaba más días de la semana con ella, pues mis hijos ya mayores tenían su vida propia.

De los cuatro hermanos varones tres estaban pensionados y trabajaban de herreros, y plomero electricista por separado. Para ayudarnos con el cuidado de mamá acordaron poner su taller de herrería en la parte posterior de la casa donde armaron un gran corredor. Cada uno llevó máquinas y herramientas, trabajando en equipo, cerca de nosotros. Llegaban por la mañana y se iban cayendo la noche, si

no había novedad con mami. Comíamos juntos como lo hacíamos de niños. Nos caracterizamos todos por ser alegres y divertidos, eso nos ayudó a sobrellevar esta tarea. Fue una etapa de convivencia familiar muy bonita.

Mamá nos sorprendió dando muestras de que su mente se aclaró mucho después de las embolias, (el doctor dijo que aun durmiendo le podían dar y no ser notorias) a nosotros sus hijos ya nos identificaba por nuestro nombre, al igual que a otros familiares; ya no pedía a papá como hacía antes. Pero su comida la seguía pidiendo a deshoras. Cuando alguno de mis hermanos pasaba cerca de ella, lo hablaba y preguntaba: ¿ya pasó la señora que reparte la comida? pensando que estaba en el Issste. Ahora se le notaba tranquila, contenta, y se ponía a cantar o recitar, a cualquier hora del día o de la noche, y la teníamos que escuchar.

Así pasamos tres años de cuidados intensos. Varias semanas antes de fallecer y presintiendo el final de su vida, nos empezó a preparar en dos aspectos: su fiesta, como le llamaba a esa ceremonia que sabía estaba por llegar. A las hijas nos pidió le preparáramos: su vestido elegante con olanes, mantilla, medias, zapatos, todo blanco; quería que las personas que lleguen a despedirla constaten la buena atención que le dimos. Todo lo preparamos con tiempo siguiendo sus propias instrucciones. Disfrutaba el momento cuando pedía que le mostráramos todo lo que estaba listo, como ella lo pidió

-5-

Otro momento crucial para nosotros fue cuando nos pidió a los ocho hijos nos reuniéramos junto a su cama; nos señaló al hermano mayor y nos pidió que a él se le respetara y obedeciera como el jefe de esta familia, cuando ella ya no esté con nosotros. Nos dejaba a

su sustituto. Nos dio su bendición por haber sido unos buenos hijos. Fueron sus últimas palabras e instrucciones.

Después de esa despedida mamá dejó de hablar y tomar alimentos. El doctor trataba de hacernos entender que eran los últimos días para ella. Su organismo ya

lo había dado todo, no sufría dolor de nada, que deberíamos estar tranquilos para que ella se vaya en paz.

Tenía el semblante tranquilo, silenciosa, la veíamos y era muy difícil aceptarlo, pero también comprendimos que es la ley de la vida y teníamos que ser fuertes, como ella lo fue.

La despedimos como ella lo había pedido. Fue mucha gente entre familiares y amigos. Le llevaron tantos arreglos florales que pareciera estar en medio de un jardín. En la entrada de la capilla, como si diera la bienvenida a los que llegaban, se colocó en un tripié un cuadro grande con su fotografía y unas palabras como reconocimiento a su gran valor como madre y ser humano que le escribió la más pequeña de los diez hijos.

Grabamos un disco con canciones significativas a las madres y lo pusimos como fondo musical muy tenue, para que no falte música en “su fiesta”.

No podían faltar sus poesías, algo tan representativo en ella. Unos días antes mandamos imprimir un pequeño libro con todas ellas. Lo dimos como recuerdo ahí mismo en la funeraria. En la portada estaba la foto de mamá Oldy.

Antes de depositarla en su última morada le fuimos leyendo sus poesías en voz alta para que las escuche y sea su despedida de acá en la tierra, porque de nuestra mente y corazón jamás se va a ir, su recuerdo vivirá siempre en nuestra familia de generación a generación.